

ESTUDIOS

LA EXPERIENCIA SUBJETIVA DE FRACASO Y EL CORAJE DE SER

RUFINO J. MEANA PEÓN*

Fecha de recepción: enero de 2018

Fecha de aceptación y versión final: febrero 2018

RESUMEN

Se ofrece una visión de la experiencia subjetiva de fracaso atendiendo a dos criterios. En primer lugar, se habla de la importancia del contexto social como modulador de la experiencia de fracaso en el individuo. En segundo lugar, se exponen algunos procesos intra-psíquicos que intervienen en la vivencia de fracaso para, luego, dedicar un espacio a constatar la necesidad de un cambio de paradigma antropológico en lo referido a la asunción del fracaso como constitutivo básico de la experiencia humana. El artículo finaliza ofreciendo una aproximación al coraje de ser, descrito en términos operativos, como instrumento importante para afrontar la vivencia de fracaso.

PALABRAS CLAVE: fracaso, coraje existencial, antropología psicológica, psicoterapia existencial.

THE SUBJECTIVE EXPERIENCE OF FAILURE AND THE COURAGE TO BE

SUMMARY

This article provides an overview of the subjective experience of failure on the basis of two criteria. Firstly, it discusses the importance of the social context as a

* Psicólogo Clínico. Profesor de Psicología Clínica en la Universidad Pontificia Comillas rmp@comillas.edu

modulating element of the experience of failure in the individual. Secondly, it touches upon several intra-psychic processes involved in the experience of failure, before declaring the need to change the anthropological paradigm that accepts failure as a fundamental component of human experience. The article comes to a close by providing an approach to the courage to be, described in operational terms as a crucial tool to tackle the experience of failure.

KEY WORDS: failure, existential courage, psychological anthropology, existential psychotherapy.

*Sancho, se hincó de rodillas y dijo:
Abre los ojos, deseada patria (...) abre los brazos y recibe a tu hijo don
Quijote, que, si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor
de sí mismo; que, según él me ha dicho, es el mayor
vencimiento que desearse puede.*

(Cervantes, 'Don Quijote de la Mancha')

Dice el teólogo Ives Congar¹ que el fracaso es un hecho ambivalente y que es nuestro particular modo de asumirlo lo que lo convierte en derrota definitiva o en punto de partida de un nuevo esfuerzo. Por otro lado, años más tarde, el filósofo Carlos Díaz afirmará que fracasado es quien ha cometido un error, pero no es capaz de transformarlo en experiencia: *“los errores suelen ser el puente que media entre la inexperiencia y la sabiduría”*². Estas afirmaciones han inspirado las líneas que ofrecemos a continuación sobre un tema complejo y de implicaciones difícilmente abarcables en unas breves páginas.

Uno de los modos posibles de abordar la comprensión de la experiencia subjetiva de fracaso es concebirla como un fenómeno psíquico que hunde sus raíces en la vivencia temprana de desamparo; Freud relaciona

-
1. I. CONGAR, *Visión cristiana del fracaso. Meditación teológica desde la sabiduría de la cruz en* J. LACROIX, *Los hombres ante el fracaso*, Herder, Barcelona 1970, 149.
 2. C. DÍAZ, *Repensar las virtudes*, EIU, Madrid 2002, 136.

explícitamente la aparición de estos estados con la prematuridad del ser humano³. Una criatura que nace tan desprovista de recursos para enfrentarse al medio otorga gran relevancia a las personas que le rodean porque son potencial fuente de protección y supervivencia; es la base de los sentimientos de apego y afecto. En lo sucesivo la persona seguirá dando a la presencia y juicio de los otros un gran poder; entre otras muchas cosas, y a lo largo de toda la vida, aprenderá de otros a valorar y valorarse⁴. La vivencia de fracaso va más allá del mero hecho de no alcanzar algún objetivo deseado, se inscribe entre las angustias más básicas de la persona: sentirse desvalorizado y, por tanto, rechazado, solo y desamparado.

Tan importante como la valoración de los otros será la valoración propia que le puede hacer sentir a uno mismo como potencialmente rechazable o víctima de humillaciones varias. Se puede comprender que la tendencia será enmascarar los fracasos, reales o temidos, mediante estrategias varias de ocultamiento que irán desde el autoengaño hasta el engaño a otros de modos más o menos conscientes. Entrar en esto nos adentraría en el proceloso mundo de los mecanismos de defensa que sobrepasa lo que podemos tratar.

Lo que nos interesará aquí es afirmar que, de un modo u otro, todo ser humano terminará por tener que enfrentarse a la temida vivencia de fracaso. Además, veremos que lo que se denomina sensación de fracaso alude a una multiplicidad de vivencias, de muy diversa naturaleza, donde intervienen la mirada de otros, la arquitectura del sujeto psíquico y la capacidad para afrontar tanto las propias impotencias como las dificultades de la vida.

-
3. Utiliza el término '*hilflosigkeit*' (traducido habitualmente como 'estado de desamparo') para referirse al estado del lactante que, dependiendo totalmente de otra persona, no encuentra satisfacción a sus necesidades. Ver: S. FREUD, "Inhibición, síntoma y angustia" en *Obras Completas XX*, Amorrortu, Buenos Aires 1976, 71-161.
 4. Recordamos la bella imagen de Heinz Kohut cuando afirma que nadie puede tener una sana autoestima si no ha experimentado el brillo de ternura en la mirada de una madre. Una condensación de cómo entiende la constitución del sujeto psíquico.

La mirada de los otros

Vivimos en un mundo que admira a los triunfadores y esto, en principio, no tendría por qué resultar extraño. La capacidad para admirar el éxito de otros es algo esperable, produce el deseo de imitar, alienta a quien se siente desfallecer al ver que es posible lograr objetivos, etc. El problema surge cuando se analiza con detenimiento lo que se entiende por triunfo y admiración.

No hace tanto tiempo que un buen resumen de triunfador hubiera sido un ser humano virtuoso. La persona templada, justa, amorosa, prudente, paciente o humilde sería una persona admirable porque se la consideraría como habiendo alcanzado un modo de ser digno de estima e imitación⁵; sin querer caer en reduccionismos fáciles, no es la situación más habitual en la sociedad contemporánea.

Actualmente la tendencia es que la estima social, demasiadas veces indiferenciada de la autoestima, venga determinada por el halo que otorga poseer aspectos tangibles como estudios, trabajo, dinero; ese constructo denominado ‘posición social’. Fromm decía en 1946, que el dinero, el prestigio y el poder se habían convertido en los incentivos y las metas del ser humano y que todo tenía más importancia para él que su vida y el arte de vivir: “*existe para todo excepto para sí mismo*”⁶. Ya no abandonará esta impresión y dirá, más adelante, que el hombre se ha transformado a sí mismo en un bien de consumo y su valor reside en el precio que puede obtener por sus servicios no en sus cualidades: *Sentirse triunfador está sujeto al juicio de otros. De ahí que viva pendiente de estos otros y que su seguridad resida en la conformidad, en no apartarse nunca más de dos pasos del rebaño*⁷. Muestra un ser humano convertido en mercancía para quien la estima de sí dependerá de la valoración de otros; el fracaso es, por tanto, la insignificancia a los ojos de un contexto social que valora lo que se tiene por encima de lo que se es⁸.

5. Para profundizar en esto: N. SNOW et al. (Eds.), *The philosophy and psychology of character and happiness*, Routledge, Londres 2014.

6. E. FROMM, *Ética y psicoanálisis*, FCE, México 1993, 31.

7. E. FROMM, *La condición humana actual*, Paidós, Barcelona 1981, 11.

8. E. FROMM, *Del tener al ser*, Paidós, Barcelona 2007.

Los planteamientos de Fromm se han confirmado ampliamente en un mundo donde la primacía de los intereses del mercado de consumo es evidente. La publicidad dicta que poseyendo lo que ofrece se tendrán las vivencias de éxito y aceptación anheladas y las personas, guiadas más por envidia que por admiración, tenderán a emprender una acrítica escalada sin fin hacia la frustración de sentir que, por esa vía, nunca se colma esa insatisfacción a la que no se sabe poner nombre. La anticipación ansiosa de fracaso se va haciendo más palpable (*¿qué será de mí si no tengo y no aparento?*) y la vida se puede ir yendo de entre las manos buscando en el lugar equivocado la fuente de valoración y sentido. Tenemos sentadas las bases para comenzar a comprender la extraña y paradójica ansiedad latente en nuestras confortables sociedades de consumo. Tratar de alcanzar lo inalcanzable en el lugar equivocado desanima mucho y genera mucha sensación de fracaso, tanto que la tasa de suicidio en los países más desarrollados es abrumadora⁹.

El filósofo Alain de Botton¹⁰, sugiere que uno de los vectores más determinantes de la anticipación ansiosa del fracaso es que vivimos en una sociedad presuntamente meritocrática. El mensaje 'si tienes talento, energía y habilidad llegarás a la cima' (signifique 'cima' lo que signifique) lo invade todo. Es decir, la posición de cada uno en la vida no es accidental sino ganada y merecida; por tanto, quien esté abajo, quien fracase, es porque se lo merece, porque vale poco. Así las cosas, en muchos círculos, sobreabunda la expresión 'perdedor' para referirse a quienes siempre se ha denominado 'desafortunados' o 'desfavorecidos': quienes no han alcanzado las metas y/o el estatus calificado como exitoso por nuestra cultura urbana occidental. Las personas se sienten autores de sus éxitos y también de sus fracasos sin dejar espacio para el azar o la suerte: haber nacido en un determinado contexto social, haber conocido a determinadas personas, poseer determinada genética, etc.

El triunfo y el fracaso siempre tienen un porcentaje de haber estado en el lugar oportuno en el momento oportuno. Cuando se toma esto en con-

9. T. JOINER, *Why people die by suicide*, Harvard U. Press, Cambridge (MA) 2005.

10. A. DE BOTTON, *Status Anxiety*, Vintage Books, Nueva York 2005.

sideración, la posición social y, en general, ‘lo que se tiene’ pierde fuerza en la vivencia de éxito o de fracaso frente a ‘lo que se es’ (en términos de Fromm) y obliga a pensar en otros factores esenciales en el ser humano como la constancia, el esfuerzo o los principios.

El sujeto psíquico

La distancia entre lo que uno capta que es y los ideales a los que se aspira como individuo, produce un cierto sentimiento de disgusto con uno mismo que puede ser motor de cambio, motivación de logro. Sin embargo, en algunos casos, esa distancia entre la realidad y el ideal se convierte en un abismo insalvable que paraliza y cualifica al sujeto como ‘fracasado’. Freud¹¹ describe tres instancias psíquicas constituidas por separado, cada una de ellas con potenciales desajustes, que entran en juego en el proceso descrito: La ‘**representación del self**’ (la idea subjetiva que uno posee de sí a la que se otorga carácter de verdad); las ‘**ambiciones e ideales**’ (aspiraciones, horizontes de futuro deseables para uno mismo); y la ‘**conciencia crítica**’ (instancia evaluadora de la distancia entre las dos anteriores). Veamos brevemente cómo cada una de estas tres dimensiones puede encontrarse distorsionada y contribuir a vivencias de fracaso:

- Ambiciones e ideales por encima de las posibilidades reales de la persona y, por tanto, inalcanzables. Inscritas en el psiquismo, por ejemplo, por padres o madres que sueñan con logros de sus hijos que ellos mismos no habrían sido capaces de alcanzar. Ideales, tan alejados de las condiciones reales del individuo, que le enfrentan a la frustrante imposibilidad de alcanzarlos y le sumen en melancolía o depresión.
- Representación de uno mismo como desvitalizado, disminuido o incapaz hecha a base de discursos parentales derogatorios, privación de la oportunidad de desarrollar las propias potencialidades o identificaciones con personajes significativos fracasados, que terminan por generar adultos que viven como quien no puede ni tan siquiera

11. S. FREUD, “El Yo y el Ello” en *Obras Completas XIX*, Amorrortu, Buenos Aires 1976, 1-65.

intentar alcanzar el más mínimo ideal; fracasados *a priori* viviendo una existencia ramplona y estéril como si no hubiera alternativa cuando sí la habría.

- Conciencia crítica hipertrofiada, juez constante e implacable que valora con dureza la más mínima distancia entre el ideal y la realidad, auto-desqualificándose sin tregua; seguramente incorporada en el desarrollo temprano al identificarse con algún progenitor tiránicamente perfeccionista, con dureza extrema ante cualquier apartamiento de ‘lo que debe ser’. Tendremos a alguien incapaz de disfrutar del éxito del “casi bien” y del mundo que se abre al tener que seguir intentándolo¹².

Son sólo algunas de las posibilidades que, por separado o combinadas, están tras la idea que algunas personas tienen de sí como fracasadas. En algunos casos esa experiencia subjetiva es profética y se enfrentarán a la realidad de modo tal que el fracaso estaría servido. En otros casos, va a dar igual si esa persona tiene éxitos, así juzgados por quienes le conocen; su mundo interno dictará su vivencia.

En este apartado sobre la importancia de los elementos intrapsíquicos, también cabría considerar cómo en ocasiones la experiencia de triunfo puede convertirse en catalizador de una constelación de emociones, nada esperables, de la familia de la ansiedad que terminan por hacer de este triunfador un fracasado. Es el caso de quienes entran en pánico al triunfar¹³, como si al verse alcanzando aquello por lo que han luchado se vieran invadidos por sensaciones de culpa, temor a la responsabilidad, etc.

Evidentemente, no podemos entrar a fondo en todos estos asuntos, la idea es poner de relieve el carácter enteramente subjetivo que puede tener la vivencia de éxito/fracaso.

12. S. LEWIS, *The rise. Creativity, the gift of failure and the search for mastery*, Simon & Schuster 2015, Nueva York, 28ss.

13. Freud habla de ‘Los que fracasan cuando triunfan’ en “*Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico*” (O.C. XIV, 314ss). Es un tema que reclamará la atención de la psicología posterior dando lugar a diversas expresiones entre las cuales las más conocidas serían ‘el mito de Jonás’ expresado por Maslow o el ‘síndrome del impostor’ muy frecuente en artículos de divulgación psicológica.

¿Buenos tiempos para la idea de fracaso?

*“Si puedes encontrarte con el triunfo y el fracaso,
Y tratar a esos dos impostores de la misma manera (...)
Tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,
Y, lo que es más, ¡serás un Hombre, hijo mío!”*

(R. Kipling, ‘If’)

En la segunda mitad del s. XX, diversas corrientes de psicología, muy particularmente la psicología de las organizaciones al servicio del mayor rendimiento empresarial, promovieron una antropología negacionista de la limitación y finitud. Nos trajeron grandes eslóganes ‘optimistas’, empujando a las personas a tratar de vivir como si se pudieran minimizar las dificultades reales y, en el fondo, todo dependiera de vivir con la actitud correcta. Esto sólo conduce a frustraciones culposas porque, si no se logra lo que parece tan fácil, será porque uno no lo ha intentado de la manera adecuada o con la intensidad suficiente.

Afortunadamente, cada vez resurgen con más fuerza planteamientos psicológicos históricos, más pegados a la realidad humana y menos serviles de intereses mercantiles, que integran en la naturalidad de las cosas la presencia de los imponderables, la inevitable necesidad del esfuerzo y de la lucha, la necesidad de superación; también, la imposibilidad de evitar fracasos; todo ello forma parte de la breve vida humana¹⁴. Aunque todavía queda mucho por avanzar, en algunos contextos se puede observar que estamos ante un más que deseable giro en la concepción del ser humano hacia una posición más realista¹⁵.

14. Por más que asistamos a cada vez más discursos de líderes empresariales que ensalzan el valor del error y el fracaso, no debemos engañarnos, su foco de interés es la mayor productividad. Con todo, hay que reconocer que están poniendo sobre la mesa un cambio de paradigma: ya no se puede seguir intentando concebir al ser humano sin esta dimensión. Ver: W. TAYLOR, *Simply Brilliant: How Great Organizations Do Ordinary Things in Extraordinary Ways*, Penguin, Nueva York 2016.

15. Un ejemplo es el programa “Fracasando Bien” del *Smith College (Massachusetts)* busca que sus alumnos salgan preparados para afrontar algún eventual fracaso,

Nos parece interesante la distinción entre ‘éxito/logro’ y ‘maestría’ que hacen algunos autores¹⁶. La idea es que alcanzar el ‘logro’ en cualquier actividad es, sin duda, algo deseable; sin embargo, lo que hace a esa persona valorable no es tanto el logro sino el esfuerzo y la constancia que laten tras ese éxito. Cada vez somos más sensibles a las personas que viven tratando de superarse y, a pesar de repetidos fracasos, lo intentan una y otra vez sin desfallecer convirtiéndose en auténticos maestros del arte de disfrutar el ‘casi’ como éxito porque siempre supone un paso adelante; cuando esto se vive adecuadamente produce individuos que transmiten una envidiable satisfacción existencial.

Esto no es, en absoluto, algo nuevo. Es una ‘**verdad antropológica**’ que está contenida en prácticamente todos los humanismos y religiones, pero las circunstancias mencionadas la habían adormecido. Desde luego forma parte del núcleo duro del mensaje evangélico: en el camino de perfeccionamiento lo importante es no abandonar y volver a intentarlo ‘setenta veces siete’. Verdad antropológica (imperfección con espíritu de superación) que podemos ver bellamente plasmada también en culturas como la Navajo norteamericana cuando, en sus producciones artesanas dejan, a propósito, pequeños puntos de imperfección como signo de que en la vida nada está completa y definitivamente hecho. También en Japón se observa este planteamiento en la técnica artesanal con cerámica que denominan *Kintsugi*; arreglan fracturas con una mezcla de resina y polvo de oro, plata o platino que las deja visibles y embellecidas. La idea es mostrar cómo las diversas vicisitudes que se padecen dejan huellas que pueden ser convertidas en fortaleza: el objeto con las grietas restauradas y visibles se considera más valioso y fuerte que cuando no tenía fisura alguna. Se trata de todo un elogio de las cicatrices que dejan los fracasos en la vida¹⁷.

Promover una visión del ser humano que trata de negar o de minimizar esta realidad es empujar a la persona hacia una profunda insatisfacción

en algún asunto importante para su vida, sin dejar de sentirse valiosos y dignos. (<https://goo.gl/SBGJhW>).

16. S. LEWIS, op. cit. 7ss

17. El autor B. Bond presentó en Londres una exposición que explora el trauma psicológico y su cura mediante retratos escultóricos para los que utiliza la técnica *Kintsugi*: B. BOND, *Perfect Imperfection*, Blur, Londres 2017.

existencial; uno de los mejores alivios ante la vivencia de fracaso es poder afirmar que se ha hecho ‘todo lo posible’.

Yalom, siguiendo la estela de Kierkegaard, Heidegger o, sobre todo, Tillich, habla de ‘culpa existencial’ (directamente vinculada a la más profunda sensación de fracaso) diciendo: “*uno siempre es culpable en la medida en que no se ha puesto a desarrollar sus auténticas posibilidades*”¹⁸. El problema es que desarrollar las propias posibilidades es un trabajo que conlleva fracasar para conocer los propios límites; quien no arriesga por temor a equivocarse se queda estancado con sensación de **fracaso existencial**¹⁹.

Seguramente, el discurso de J. K. Rowling en una clausura de curso de la universidad de Harvard, sintetiza lo dicho con gran acierto y belleza: “*Lo que más temía a vuestra edad no era la pobreza sino fallar; ¡y era pobre! Es imposible vivir sin fracasar en algo, a no ser que uno viva con tantas precauciones que, seguramente, podría no haber vivido —en cuyo caso, uno está fallando ‘por defecto’. Nunca os conoceréis a vosotros mismos, tampoco la fortaleza de vuestras relaciones, hasta que no hayáis sido probados por la adversidad y os hayáis visto fracasando en algo. Ese conocimiento, aunque ganado dolorosamente, es un auténtico regalo mucho más merecido que cualquier buena calificación (...). La vida es difícil, complicada y está más allá del control total de cualquiera; la humildad de saber eso os capacitará para sobrevivir a sus vicisitudes*”²⁰.

Ante el fracaso: coraje de ser

*“Pocas cosas se obtienen por azar,
pocos deseos se realizan por sí solos,
hay que buscarlos con afán
y alimentarlos con diligencia”*

C. Díez, ‘Repensar las virtudes’

18. I. YALOM, *Psicoterapia Existencial*, Herder, Barcelona 1984, 337.

19. Aquí encuentra contexto la conocida ‘Parábola de los Talentos’ (Mt. 25,14-30) donde se valora y premia a quien se arriesga y lo pone todo en juego.

20. J. K. ROWLING, *Los beneficios adicionales del fracaso y la importancia de la imaginación*, discurso de clausura en la Universidad de Harvard, 2005.: <https://goo.gl/RQ8sAv>. (Consulta el 1 de noviembre de 2017).

No siempre es fácil sostener la romántica idea de que todo fracaso es ocasión de aprender y que bastaría con mirarlo del modo adecuado para sentirse felizmente enriquecido. No es que estemos totalmente en desacuerdo con la idea de que, incluso de las peores circunstancias vitales, cabe la posibilidad de sacar algo valioso pero la realidad puede ser más complicada que los bellos eslóganes²¹. En ocasiones el fracaso es real y clamoroso, no sólo afecta a la persona sino a muchos que la rodean, y no sólo menoscaba la dignidad personal, sino que deja indeleble huella de un paso por la existencia dañino y destructivo. El reto de vivir con la carga vital de haber destruido es muy duro y, si llegase la redención anhelada, no lo hace fácilmente con un par de consejos bienintencionados.

Dicho lo dicho, es cierto que con frecuencia nos preguntamos ¿cómo es que algunas personas pueden recibir fortaleza de sus fracasos mientras a otras la más mínima frustración les debilita totalmente? Esto, como casi todo en este tema, sería largo de abordar. Podemos decir que, a nuestro juicio, el fracaso puede fortalecer si se dan, al menos, dos condiciones de posibilidad.

La primera se refiere a los **horizontes existenciales** del sujeto. Para quien posee un horizonte de sentido que trasciende lo inmediato, es más fácil que los fracasos ocasionales –incluso los más duros– puedan ser ubicados en un horizonte penúltimo, mientras que el horizonte último seguiría ahí como posibilidad y, por tanto, motor existencial.

La segunda condición de posibilidad, donde nos detendremos algo más, se relaciona con la constitución psíquica del individuo. Se necesita estar en posesión de un **“sentimiento básico de potencia”**. Resulta muy paradójico ver personas con serias limitaciones físicas y/o psíquicas, pero con un sorprendente sentimiento de ‘yo puedo’; parecen inasequibles al desaliento; y, al contrario, personas con grandes cualidades de todo orden hundidas ante la más mínima dificultad. El sentimiento de potencia es una matriz psíquica que modula la relación de cada quien con las

21. El mito de que el fracaso siempre y en todo lugar le hace a uno más fuerte es el tema de: L. YUKNAVITCH, *The Misfit's Manifesto*, TED Books 2017, Nueva York.

circunstancias²²; una disposición para enfrentar los distintos retos que la fantasía y la realidad van generando, producto complejo de identificaciones tempranas, experiencias de logro/fracaso y del impacto de discursos de personajes significativos cuando han ido expresando lo mucho o poco que esperan de la persona.

Más allá de su génesis, la creencia matriz ‘yo no puedo’ la encontramos en personas que se sienten fracasadas antes de intentar nada; un perfil más frecuente de lo deseable dada la sociedad de la **sobreprotección** en la que vivimos.

Sí, actualmente la sobreprotección de los menores es un problema. Obedece tal vez a las inseguridades de los padres; tal vez al deseo de que el hijo disfrute de lo que ellos no tuvieron a base de proveerles de todo lo imaginable; tal vez, sencillamente, a la incapacidad para encarar, modular y poner límites a las exigentes demandas que tiene todo ser humano en desarrollo y que necesitan ser puestas en su sitio mediante la educación. Muchos desean ser buenos padres y que sus hijos no se sientan desamparados, pero lo cierto es que la sobreprotección daña tanto o más que el desamparo, aunque de modo diverso.

La persona que crece sobreprotegida aprenderá que en la vida todo se le da hecho y, por tanto, no sabrá alcanzar nada por sí mismo; será incapaz de tomar las riendas de su propia existencia y tendrá una vaga (y realista) sensación de desvalimiento y de no saber a dónde va, no tendrá un propósito claro. No sabrá lo que es la frustración y el fracaso; por tanto, cuando lleguen los verá como extraños amenazantes y tratará de desembarazarse de ellos buscando responsables o soluciones fuera de sí mismo. Al final, estaremos ante un adulto con una profunda sensación de insatisfacción (fracaso existencial) entretejida de desorientación y de un frustrado sentimiento de ‘*entitlement*’ (todo-me-es-debido). Son impotentes que viven la vida al dictado de los omnipresentes aparatos de propaganda –por ejemplo, los

22. Ver: H. BLEICHMAR, “Lo reprimido, lo no constituido y la desactivación sectorial del inconsciente” en *Avances en psicoterapia psicoanalítica*, Paidós 1997, Barcelona, 117-182.

‘influencers’ que habitan las redes sociales²³-. Personas inclinadas a dejarse arrastrar por el aparente triunfo del tener y aparentar para esconder una vida gris e insignificante, atemorizada por la posibilidad de fracasar.

Paul Tillich²⁴ afirma que para el ser humano es crucial la pregunta ‘**¿qué he hecho de mí mismo?**’ Es pregunta y motor de alguien que siente como tarea llegar a ser aquello que está destinado a ser, la realización de sus capacidades potenciales²⁵; para esto hace falta coraje y, si uno no se pone a ello, aparece el sinsentido al que Frankl denominó ‘*neurosis noógena*’²⁶. Yalom resume este pensamiento citando a un rabino jasídico quien poco antes de morir dijo: “*cuando llegue al cielo no me pedirán cuentas de por qué no he sido Moisés, sino de por qué no he sido Susya, de por qué no me he convertido en lo que sólo yo podría ser*”²⁷.

La idea de afrontar la vida con coraje es nuclear en la Psicoterapia Existencial de la que Maddi es un significativo exponente y quien ha dedicado gran esfuerzo a hacer operativo el concepto originalmente desarrollado por Tillich. Dirá, como venimos diciendo, que este coraje se cultiva a lo largo del desarrollo evolutivo, pero que también se puede construir a lo largo de la vida, si ya hay un germen en la estructura psíquica del individuo.

Denominará a esta cualidad *Hardiness* y nos muestra que está compuesta de tres vectores principales²⁸: Compromiso, Control y Desafío:

23. E. SANTAMARÍA / R. MEANA, “Redes sociales y fenómeno influencer”, *Miscelánea Comillas* 75 (2017), 147, 441-467.

24. P. TILlich, *The courage to be*, Yale U.P., New Haven 2000. Traducido al español en su momento como “El coraje existencial”, preferimos utilizar aquí ‘el coraje de ser’. Marcará la filosofía, la teología y la psicología posteriores. Es algo muy relacionado con el mencionado sentimiento de potencia freudiano, también con la idea de ‘confianza básica’ de Erikson o de Winnicott; sobre todo, influirá muy determinadamente en la denominada Psicoterapia Existencial de Binswanger, May, Frankl o Yalom.

25. P. TILlich, op. cit., 52.

26. V. FRANKL, *El hombre en busca de sentido*, Herder 1980, Barcelona, 101ss.

27. I. YALOM, op. cit., 337.

28. S. MADDI, “Hardiness: an operationalization of existential courage”: *Journal of Humanistic Psychology*, 44-3, 2004, 279-298

- Las personas fuertes en la dimensión **compromiso** han aprendido a ver el entorno como algo fiable con lo que uno puede interactuar y donde puede darse un mutuo enriquecimiento; merecerá la pena implicarse en lo cotidiano porque verá que puede dejar huella de su paso y resultará gratificante.
- Las personas fuertes en la dimensión **control** tienen confianza en que mediante el esfuerzo constante se pueden obtener logros. Para que esta dimensión sea consistente han tenido que enfrentarse a tareas difíciles, pero a su alcance, no imposibles, desde los recursos que disponían en cada momento. Los retos demasiado sencillos o los difíciles de superar no contribuyen a construir la dimensión control.
- Las personas fuertes en la dimensión **desafío** viven con la convicción de que los retos y giros que aparecen en la vida son ocasión para aprender. Las experiencias nuevas no son amenazantes generadoras de inseguridad, no son peligro, son retos; poseen la experiencia de que esto es así y no se asustan ante los cambios.

La cualidad antropológica *Hardiness* brota del entrecruzamiento de estas tres dimensiones y se entiende que es una disposición especialmente útil para tolerar la ansiedad existencial de afrontar la vida, buscando sentido a lo cotidiano, y determinándose por él sin desfallecer fácilmente ante las inevitables dificultades, renuncias y fracasos que aparecerán en el camino de buscar lo que se pretende.

No decimos que sea algo sencillo que se pueda improvisar; es tarea para una vida. La realidad es que toda persona alberga en su interior un conjunto importante de inseguridades personales, temores al rechazo, vértigos ante los retos, tal vez, la indeseada presencia de miedos sin causa identificada a los que llamamos ansiedad²⁹. Inevitables compañeros, padres de la experiencia subjetiva de fracaso, que hay que aprender a manejar para que no dominen arrastrando a la parálisis; asumir el fracaso como compañero más que probable no supone, en modo alguno, renunciar a la tenacidad y al idealismo, al contrario, puede ser un reto apasionante.

29. R. MEANA, "Enfermar de Miedo": *Padres y Maestros*, 317 (2010), 5-10.